

## LECCION V.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION.)

Lucha del Gentilismo con el Cristianismo. — Roma pagana.

El reino de los cielos ó la Iglesia es semejante á un grano de mostaza, que siendo el mas diminuto de todas las semillas, se convierte despues en un árbol tan crecido que las aves del cielo pueden poner los nidos en sus ramas, y revolotear por entre su follaje : esto es lo que decia el Salvador á sus Apóstoles, cuando recorria pobre y oscuro los pueblos de Palestina. Así como no hay parte alguna en la tierra que no visite el sol en su curso diario, del mismo modo no hay pueblo alguno debajo del cielo que no haya oido su voz ; hé aquí lo que decia diez siglos antes el Profeta real al vaticinar las conquistas de los pescadores galileos.

La historia de sus misiones es la realizacion literal de estas dos profecías. El Oriente, el Mediodía, el Ocaso y el Norte vieron á aquellos conquistadores evangélicos que enarbolaron en todos los ámbitos del globo el pendon victorioso de la cruz ; esparcieron por toda la tierra la semilla de la verdad ; anunciaron la buena nueva á todas las naciones, y estas la recibieron con regocijo, y la excelente semilla ha dado el ciento por uno. Cuando el último de aquellos doce soles se ocultó en la ciudad de Éfeso, la luz evangélica brillaba del uno al otro polo, habia cristianos en todas partes, y era inmenso su número.

Hé aquí, pues, una sociedad nueva que se forma en el seno de la antigua, y crece tan rápidamente, que pronto se hallarán ambas frente á frente y trabarán la lucha, pues la sociedad vieja querrá ahogar á la jóven. Antes de describir la encarnizada lucha que va á ensangrentar el mundo durante tres siglos, es necesario conocer á fondo á los dos campos opuestos ; al Gentilismo y al Cristianismo. De esta nocion resultarán tres principales ventajas.

1ª. Al ver de una parte el viejo mundo, el mundo pagano, gastado por su incredulidad y sus excesos ; hirviendo en furor al ver turbados su voluptuosidad infame y su brutal despotismo ; disponiendo de toda la fuerza material, lanzando uno tras otro contra su débil rival como rayos abrasadores sus edictos de proscripcion general ; armando de hachas á sus verdugos y procónsules ; desencadenando todos los leones, tigres y osos que podian proporcionarle los desiertos de África y

los bosques de Germania, y llamando en su auxilio á sus legiones vencedoras del universo, su Senado y sus Emperadores ; y al ver de la otra parte la sociedad jóven, la sociedad cristiana, compuesta de pequeños y de pobres, fuerte únicamente por su fe, y no oponiendo á su formidable enemigo mas que sus angélicas virtudes y esta única palabra : *Soy cristiano*, verémos con nuestros propios ojos y tocarémos, por decirlo así, con nuestras manos el brazo omnipotente que ha hecho que la debilidad triunfase de la fuerza y la víctima del verdugo, y asombrados y confundidos adorarémos en silencio y dirémos con Tertuliano : Esto es incomprendible é increíble, luego es obra de Dios : *Incredibile, ergo divinum*.

2ª. Cuando hayamos estudiado circunstanciadamente el estado del mundo gentil, reconocido cuál era la abyeccion y la miseria profunda del hijo, de la mujer, del esclavo y del pobre, y visto lo que ha hecho por ellos el Cristianismo, sabrémos hacer una diferencia entre ambas sociedades, y nuestro corazon se henchirá de gratitud, y brotarán de nuestros labios continuas bendiciones al Dios salvador que habiéndonos arrancado de aquel horrible estado, en el cual hubiéramos nacido y moriríamos á no ser por él, nos llamó á la luz, á la dulce libertad y á los beneficios del Evangelio.

3ª. Al conocer á los primeros cristianos, nuestros ilustres antepasados, completarémos la falta de nuestra primera educacion, de esa educacion insensata que solo nos habló de los héroes gentiles y de los dioses de la mitología, como si fuéramos tiernos ciudadanos de Atenas y Roma, ó futuros adoradores de Mercurio y de Júpiter. Las virtudes de nuestros padres nos enseñarán cuál es la santidad de nuestra vocacion, y nos dirémos á nosotros mismos : Hé aquí lo que hicieron nuestros padres y lo que ellos nos dicen como el divino Modelo : Os hemos dado el ejemplo para que hagais lo que hicimos. Siendo herederos de su sangre y de su nombre, ¿por qué no hemos de poder hacer lo que ellos hicieron ? Ningun cambio ha habido en la Religion ; adoramos al mismo Dios, profesamos el mismo Evangelio, y esperamos la misma recompensa. Hijos del viejo Adan como nosotros, nuestros padres fueron débiles, tentados, pobres, perseguidos y víctimas de padecimientos, y solo en nosotros estriba el que seamos, como ellos, hijos del nuevo Adan, sencillos, sinceros, humildes, castos, resignados y caritativos ; es preciso, sí, es preciso ; á este precio se logra el cielo.

Para conocer debidamente la diferencia entre el Gentilismo y el Cristianismo, para apreciar la extension de los beneficios de que es acreedor á este último el mundo, y para ver de cerca las virtudes de nuestros padres en la fe, trasladémos á mil ochocientos años atrás, y supongamos que llegamos á Roma el día que precedió al martirio de san Pedro y san Pablo, y estudiemos circunstanciada-

mente aquella famosa ciudad en la que se reflejaba entonces el mundo entero como en un vasto espejo.

El Gentilismo y el Cristianismo están allí frente á frente :

El primero ha llegado á su último grado de desarrollo, y el segundo está aun en la cuna. Dirijamos primero nuestras miradas al Gentilismo, y considerémosle sucesivamente en su culto, en sus costumbres y en sus leyes; y á este triple cuadro opondrémos el culto, las costumbre y las leyes del Cristianismo. El Gentilismo habita en la Roma que se muestra á la faz del sol, y el Cristianismo habita en una Roma subterránea. Veamos lo que era la Roma pagana.

Tras setecientos años de continuas guerras, los Romanos habian llegado á dominar el mundo. Como todos los pueblos gentiles, solo habian combatido para conquistar botin y esclavos, y para ellos la tierra fué una oveja que no se contentaron con esquilmar, sino que tambien la desollaron. Subamos á la cúspide del Capitolio, y veamos en qué convertian sus inmensos despojos.

Á nuestros piés se extiende una ciudad inmensa, en cuyo seno hormiguean mas de cinco millones de habitantes. Nada puede igualarse al número y magnificencia de sus palacios y templos, y asombra el que todo el oro del mundo haya bastado para construirlos y ornarlos. Roma fué edificada sobre siete colinas; pero con motivo de su sucesivo incremento, comprendia en su recinto bajo los Césares y coronaba doce de estas alturas<sup>1</sup>. Dividiase en catorce barrios<sup>2</sup>, cuya circunferencia total era de doscientos cuatro mil novecientos quince piés; contábanse cuarenta y ocho mil setecientas diez y nueve casas, en cuyo número habia dos mil palacios de la mas increíble magnificencia<sup>3</sup>; abovedadas hasta cierta altura y construidas de piedra refractaria al fuego, estaban aisladas entre sí y sin pared intermedia, siendo cada una de ellas una ciudad entera, y veíanse tambien foros ó anchas plazas, circos, pórticos, baños, vastos jardines y ricas bibliotecas.

Para satisfacer la molicié y dar pábulo á la ociosidad de sus voluptuosos moradores, Roma tenia novecientos establecimientos de baños, trescientos veinte y siete graneros de abundancia, y cuarenta

<sup>1</sup> Los nombres de los siete collados primitivos son: Palatino, Capitolino, Aventino, Celio, Quirinal, Viminal y Esquilino, y los de los demas: Janículo, Monte-Cavallo, Pincio, Vaticano, Citorio y Giordano.

<sup>2</sup> Hé aquí sus nombres: 1º. Puerta Capena; 2º. Cœlimontium; 3º. Isis y Serapis Moneta; 4º. Templum Pacis; 5º. Esquilina cum turre et colle Viminali; 6º. Alta Semita; 7º. Via Lata; 8º. Forum Romanum; 9º. Circus Flaminius; 10. Palatium; 11. Circus Maximus; 12. Piscina publica; 13. Aventinus; 14. Trans Tiberim.

<sup>3</sup> En las ediciones anteriores del Catecismo solo hablamos de los palacios. (Véase Onuphre, *Descrip. urbis Romæ*, pág. 105; Nardini, *Roma antica*, pág. 74.) — En esta apreciacion no se comprenden los arrabales que ocupaban la vasta campiña en medio de la cual está edificada Roma.

y cinco palacios destinados al libertinaje. Véanse elevarse de su vasto recinto cuatrocientos setenta templos de ídolos, en los cuales se adoraban treinta mil dioses. Roma poseia además cinco naumaquias, especies de lagos donde se representaban batallas navales; estatuas y obeliscos sin número; treinta y seis arcos de triunfo de mármol precioso y adornados de esculturas; ochenta caballos de bronce dorado y noventa y cuatro de marfil; varios anfiteatros, de los cuales uno solo podia contener ochenta y siete mil espectadores sentados; el gran Circo, que contenia ciento cincuenta mil asientos, segun opinan los que le señalan menos, y cuatrocientos ochenta y tres mil, segun los que le señalan mas: no habia un solo hospital, y finalmente el palacio imperial edificado por Neron, menos notable por el oro y piedras preciosas que formaban su ornato, que por los campos, bosques y lagos de que estaba rodeado. De las veinte y cuatro puertas de Roma salian veinte y cuatro vias, enlosadas con anchas piedras y con los márgenes adornados de soberbios mausoleos, y que conducian de la capital del mundo á las provincias<sup>4</sup>.

Bajemos ahora del Capitolio y penetremos en lo interior de las casas. Antes de llegar hasta el amo, ved esos millares de esclavos obedientes á todos sus caprichos y que encierran durante la noche en unas como cárceles oscuras é insalubres llamadas *ergastula*; la plebe que hormiguea por las calles se acuesta bajo los tejados, donde puede; durante el dia está en el anfiteatro y en los lugares de libertinaje, y no tiene mas que dos deseos: pan y diversiones<sup>5</sup>. El rico habita en aposentos con las paredes pintadas al fresco, el pavimento formado de ricos mosaicos y los artesonados adornados de oro, con todo lo que para nosotros constituiria un palacio de la mayor magnificencia. La historia y los monumentos que subsisten aun nos enseñan que se prodigaban en el mueblaje el oro, la plata, el marfil, las piedras preciosas y las maderas mas raras y de mas valor.

Ciceron, el modesto Ciceron, tenia una mesa de limonero que costaba doscientos mil sextercios, es decir, veinte y cinco mil francos, y por una casa que compró á Craso dió tres millones y medio de sextercios, es decir, cuatrocientos treinta y siete mil quinientos francos.

Julio César tenia dos mesas que le costaban doscientos cuarenta mil francos, y este mismo César asistia á los juegos públicos sentado en una silla de oro macizo.

Contemos ahora la fortuna de algunos ciudadanos de Roma.

Craso poseia dos mil millones de sextercios tanto en haciendas como en dinero, sin contar sus muebles y sus esclavos. Por esto decia modestamente que no debía llamarse rico al que con sus rentas no podia

<sup>4</sup> Esta descripción está sacada de Aurelio Víctor y de Onuphre, lib. I, página 105 (Véanse mas pormenores en las *Tres Romas*, t. I.)

<sup>5</sup> *Duas tantum res anxius optat, panem et circenses.*

mantener una legion, y no se ignora que una legion se componia de cerca de diez mil hombres.

Séneca el filósofo poseía en bienes raíces trescientos millones de sextercios. Otro romano llamado Cayo Cecilio Claudio Isidoro declaró en su testamento que, aunque habia tenido muchas pérdidas durante la guerra civil, dejaba sin embargo á sus herederos cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil seiscientos pares de bueyes, doscientos cincuenta y siete mil animales de otras especies, y seiscientos millones de sextercios.

¿Para qué hacian servir tan inmensas riquezas y el mundo entero sometido á sus leyes? En cuanto á Dios, para el sacrilegio; en cuanto á sí mismos, para la inmoralidad; y en cuanto á los demás, para la mas bárbara opresion: todas las criaturas se habian convertido en instrumentos de crimen en las manos de aquellos seres degradados.

Su religion era una grande infamia, sus templos lugares de excesos, sus fiestas escuelas de libertinaje, y sus dioses todas las pasiones de su corazon. No hablarémos de sus misterios ni de sus iniciaciones secretas, pues toda alma honesta sabe por qué, y únicamente dirémos que el ejemplo de los dioses servia para alentar el crimen, y luchaban á quién les imitaria mejor. Como si Roma, á pesar de la multitud de sus propios crímenes, no hubiera sido bastante rica en este género, adoptó todos los de las naciones que sometia á su imperio, de modo que se veian dentro de sus muros divinidades de todos los nombres y figuras, sacrificios y religiones de toda especie. Satanás se presentaba allí bajo mil y mil formas á la adoracion de los mortales, y Roma era el centro de su imperio, su templo y su cielo.

Ya se advina lo que podian ser bajo el cielo abrasador de Italia las costumbres de los Romanos con pasiones alimentadas por la opulencia y favorecidas por la religion: su lujo y sus insensatas prodigalidades excedian á toda ponderacion. Calígula gastó en menos de un año dos mil setecientos millones de sextercios que le habia legado el emperador Tiberio, y simples particulares, de regreso de sus expediciones, sobrepujaban en magnificencia y en lujo á los mas grandes monarcas: tal era el famoso Lúculo, quien, además de sus jardines tan célebres en la historia, tenia varios salones á cada uno de los cuales dió el nombre de una divinidad, y este nombre era para su mayordomo señal del gasto que intentaba hacer. Habiéndole sorprendido un dia Pompeyo y Ciceron, dijo que cenarian en el salon de Apolo, y les sirvieron un banquete que costaba veinte y cinco mil francos; y en otra ocasion aquel hombre se encolerizó contra su mayordomo que, sabiendo que habia de cenar solo, mandó preparar una comida menos suntuosa de lo ordinario. ¿No sabias, le dijo, que Lúculo debia comer hoy en casa de Lúculo? Los excesos trastornaron su razon, y murió loco.

Tito Anio Milon murió debiendo cuarenta y dos millones quinientos mil francos.

Otro, despues de haber consumido en la mesa seiscientos millones de sextercios, se vió precisado á examinar el estado de sus rentas<sup>1</sup>, y al ver que solo ascendian á doscientos cincuenta mil francos, se envenenó creyendo que semejante cantidad no era suficiente para alimentar á un romano. Su cocina tan solo le habia costado mil millones de sextercios<sup>2</sup>. Este hombre se llamaba Apicio. Sus títulos de gloria consistieron en ser inventor de guisados que llevaban su nombre, y jefe de una academia de gula.

Todos se entregaban mas ó menos á tan repugnantes excesos, y el lujo de las comidas y festines agotaba los tesoros del Estado y la fortuna de las familias. Aquel pueblo de sibaritas necesitaba que le trajesen los pescados mas raros de los países y costas mas remotos. Habian hallado el medio de servir cerdos enteros asados de un lado y hervidos de otro; amontonaban juntos sesos de aves y de cerdo, yemas de huevo y hojas de rosa, y formaban del todo una pasta odorífera, cocida á fuego lento con aceite, garo, pimienta y vino; antes de los banquetes comian cigarras para despertar el apetito, y rechazaban los vinos mas exquisitos si no estaban mezclados con perfumes y aromas.

Los Emperadores, lejos de reprimir este lujo que arruinaba á los ricos y exasperaba á los pobres, eran los primeros en dar ejemplo. Hemos visto cuáles fueron las prodigalidades de Calígula; pero en ellas casi le igualaron sus sucesores. Vero dió un festin que costó seis millones de sextercios; Heliogábalo sobrepujó á todos sus antecesores: mantenía á los oficiales de su palacio con entrañas de barbo, sesos de faisanes y de tordos, huevos de perdiz y cabezas de papagayo; daba á sus perros hígados de ánade, á sus caballos pasas de Apamenes, y á sus leones papagayos y faisanes; él ponía en su mesa calcañares de camello, crestas arrancadas á los gallos vivos, lenguas de pavo real y de ruiñón, garbanzos cocidos con granos de oro, habas guisadas con pedazos de ámbar y arroz mezclado con perlas; salpimentaba tambien con perlas, en vez de pimienta negra, las trufas y los pescados, y artífice de guisos y bebidas, mezclaba la almáciga con el vino de rosa.

Daba en el verano comidas cuyos adornos cambiaban cada dia de color; las estufillas, las ollas y los vasos de plata de cien libras de peso estaban cincelados representando las mas obscenas figuras; los asientos de la mesa, de plata maciza, estaban cubiertos de rosas, vio-

<sup>1</sup> El sextercio valia dos sueldos y medio. (Véase *Usos de los Romanos*, por Nieuport, lib. VI, pág. 282.)

<sup>2</sup> Senec. *Cons. ad Helviam*, c. 10.

letas, jacintos y narcisos; techos giratorios arrojaban flores con tal profusion que casi ahogaban á los convidados, y el nardo y los perfumes alimentaban las lámparas de aquellos festines en que se cubria la mesa hasta veinte y dos veces con nuevos manjares.

Al lujo de la mesa añadian los Romanos el de los vestidos. Tambien Heliogábalo les servia de modelo; vestia trajes de seda bordados de perlas, no llevaba nunca dos veces el mismo calzado, el mismo anillo ni la misma túnica; los almohadones en que se acostaba estaban llenos del plumon arrancado debajo de las alas de las perdices, y se paseaba por entre pórticos sembrados de lentejuelas de oro en carros de oro incrustados de piedras preciosas, pues Heliogábalo desdeñaba las carrozas de plata y de marfil.

Si tales iniquidades y locuras fueran únicamente peculiares á un hombre, no se podrian deducir de ellas las costumbres de un pueblo; pero Heliogábalo no habia hecho mas que reunir en su persona todo cuanto se viera antes de él desde Augusto hasta Cómodo. El ejemplo de los soberanos produjo su efecto, encontrando imitadores en todas las clases: las mujeres llevaban en sus adornos el sustento de varias provincias; cuando iba á levantarse la indolente matrona, se veia llegar una larga procesion de esclavas que le traian los instrumentos de su tocado: un barreño de plata ú oro, un alfiletero, un espejo, tenacillas de rizar, pomadas y botes llenos de unguentos para limpiar los dientes, ennegrecer las cejas, teñir y perfumar los cabellos. Parecia aquello el laboratorio de un farmacéutico. Pendian de sus orejas perlas preciosas; rodeaban sus brazos y muñecas brazaletes en forma de serpientes de oro; ceñia su cabeza una corona de diamantes y piedras de la India; colgaban de su cuello largas gargantillas; talones de oro adornaban su calzado de púrpura, y pintaba con carmin sus mejillas para disimular su palidez.

Cuando no estaba todo á gusto de aquellas criminales mujeres, se dejaban llevar contra sus esclavas de extremas violencias; y el tocado de algunas era mas temible que el tribunal de los tiranos de Sicilia<sup>1</sup>. Además de esta legion de personas ocupadas en vestirlas y adornarlas, habia otras encargadas únicamente de decir su parecer, las cuales formaban una especie de consejo, y el tocado se discutia con tanta gravedad como si se tratase de la reputacion y de la vida. Habiendo dicho los médicos que las lociones de leche de burra borran las arrugas, suavizan la tez y conservan su blancura, habia mujeres que para conservar la belleza de su rostro se lavaban *setenta veces* al dia (número escrupulosamente observado) con aquel cosmético, y todo el mundo sabe que Popea, tan vergonzosamente célebre en la

<sup>1</sup> Juvenal, sátira VI.

vida de Neron, llevaba ordinariamente en su comitiva quinientas burras de leche, y se bañaba en ella para suavizar su cutis<sup>1</sup>.

No se atrevian á salir sin diamantes como un cónsul sin los distintivos de su dignidad. « Yo ví, dice Plinio, y no era en una ceremonia pública, en una de esas fiestas donde se ostenta todo el lujo de la opulencia, yo ví en un banquete de esponsales no muy extraordinarios á Lolia Paulina enteramente cubierta de esmeraldas y perlas, cuya mezcla aumentaba su brillantez; estaban cargados de ellas la cabeza, el cuello, las orejas, los brazos y los dedos, y valian cuarenta millones de sextercios (7,793,424 francos 50 céntimos<sup>2</sup>). Eran joyas de familia que habia heredado de Marco Lolio su tío. »

Por lo que acabamos de decir puede adivinarse cuáles eran las costumbres del mundo pagano entregado sin freno á estos monstruosos excesos de lujo y de buena mesa; y eran tales que nuestra pluma se niega á trazar su cuadro, á pesar de que no podria hacerlo aunque estuviese empapada en el cieno. Todo cuanto podemos decir se reduce á que las infamias cuyo aspecto *hacia palidecer la luna*, y cuyo solo nombre mancha los labios que las pronuncian y los oidos que las escuchan, admitidas por el uso, autorizadas por el silencio de las leyes y sancionadas por la religion, se cometian públicamente en las casas, en los teatros, en los palacios de los Emperadores y en los templos de los dioses, por niños y ancianos, por los grandes y por el pueblo, y que la misma Sodoma se hubiera ruborizado de tales infamias<sup>3</sup>.

Tal fué la Roma pagana, tales sus habitantes; su religion y sus costumbres eran un doble ultraje á Dios y á la humanidad. ¿Qué eran para con sus semejantes? Vamos ahora á examinarlo.

Los pueblos voluptuosos siempre fueron crueles. Las costumbres estragadas son hijas ó madres del amor exclusivo de sí mismo, y este amor es el odio al prójimo. Roma pagana justifica este principio; por donde quiera reinaban el odio y la crueldad. En primer lugar, en el anfiteatro. Antes de mencionar los torrentes de sangre que lo inundaron, demos á conocer este sitio que tan célebre hicieron las gloriosas victorias de nuestros padres en la fe.

El anfiteatro era un espacio ovalado, rodeado de asientos colocados en gradas y desde los cuales miraba el pueblo sentado el espectáculo y los juegos. El mas espacioso y magnifico de todos los anfiteatros de

<sup>1</sup> Plinio, XI, 41.

<sup>2</sup> Id. lib. I, c. 35.

<sup>3</sup> Hemos sacado de los autores gentiles todos los pormenores que acabamos de escribir acerca de Roma y sobre el lujo y las costumbres de sus habitantes. Estamos distantes de haberlo dicho todo; ni aun hemos citado los autores, y Dios sabe por qué.